

## La maleta

Sonia Ibarra Valdez

Las tragedias ajenas son naturales y cotidianas, mas pocas veces nos percatamos de ellas cegados por nuestras propias exigencias habituales. Tal pareciera que un todopoderoso ha vacunado masivamente a la humanidad contra la empatía, haciéndonos inmunes al dolor del prójimo y dejando a la indiferencia expandirse como una peste. No había reparado en esto hasta hoy por la mañana, cuando un acontecimiento me hizo sospechar sobre mis propios síntomas.

Comienzo el día a las 5:00 a.m. con el hábito de ir trotar a un hermoso parque cercano a mi casa; normalmente lo recorro siete u ocho veces; dar una vuelta me lleva de cinco a seis minutos. Es un lugar propicio para ejercitarse, concurrido, sobre todo, por gente interesada en la caminata o en el *running*. Una de las extremidades del sitio colinda con uno de los hospitales más grandes de la ciudad, no es raro entonces ver a médicos o a personas que van y vienen a este nosocomio. Aunque esta mañana estaba particularmente solitario.

Iba yo con paso fluido y planeando las actividades del día, escuchaba en mis audífonos *Get Lucky* cuando me percaté de que un hombre estaba inclinado en una de las jardineras, parecía que volvía el estómago. «¡Estuvo buena la fiesta anoche!», pensé, pero no se me ocurrió detenerme a preguntar si necesitaba ayuda.

A la siguiente vuelta el sujeto estaba sentado en una banca. Bajo la tenue luz de la luminaria pública, pude percibir la negrura de su mirada, el cabello mal peinado y el rostro desencajado. Mientras pasaba a su lado llamó la atención de mi visión periférica una pequeña maleta de color amarillo que estaba a su costado. No me detuve. Volví a pasar y el hombre lloraba, las grandes manos que salían de la chaqueta de piel marrón que portaba cubrían su rostro, pero no podían disimular el movimiento del cuerpo cuando el llanto se vuelve incontrolable. «¿Me detengo?». Preferí no interrumpir su desahogo, no quise incomodarlo. «¡A la siguiente!», prometí.

¡Mentira! No quise incomodarme yo, tener que lidiar con un desconocido, preguntar, escuchar, ofrecer ayuda. ¡No tenía tiempo! Quizá tiene un familiar hospitalizado, probablemente alguien murió o recibió malas noticias sobre su propia salud. Tuve una pequeña lucha interior durante cinco minutos y medio: detenerme o no.

El hombre se había ido. «¡Mejor así!», pensé. Sin embargo, el bolso continuaba en la banca, a pesar de su llamativo color, lo vi triste, abandonado. El remordimiento acrecentó ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué dejó atrás aquel liviano equipaje? ¿Contenía ropa, documentos, dinero? ¿Qué? Tres metros adelante, un vagabundo ya clavaba la vista en aquel tesoro.

«No es mi asunto», me justifiqué. Dos vueltas más y listo. Animaba el trote con una melodía rítmica. Vi al vagabundo de barbas largas y sucias colgarse la maleta en uno de sus hombros, cuando me acerqué a él mi instinto hizo que le gritara mientras lo apuntaba con el dedo índice: «¡Eso no es suyo!». El sujeto me miró con miedo, el ladrón se supo descubierto. No me detuve. Seguí mi camino pensando en que, seguramente, la mochila ya no estaría.

En la última vuelta vi la maleta tirada a un costado del camino. «¡Detente ya!», me dije. Regresé, la levanté. Mi curiosidad no pudo contenerse: abrí el bolso. Vi su contenido. Entré en una especie de shock y un grito se ahogó en mi garganta. De inmediato entendí por qué el hombre lloraba y supe porque el mendigo abandonó su intento de hurto. Cerré la valija y la coloqué con cuidado en el piso.

Volví a casa. Me duché. Preparé el café matutino y lo tomé tratando de borrar la espeluznante imagen del contenido de aquella mochila. Como si nada hubiese pasado, fui a trabajar a la fría oficina de burócrata que a diario me espera. Toda la mañana me repetí una y otra vez «no meter la nariz donde no me llaman». A mediodía, mientras disfrutaba de un breve descanso y mi mente se alejaba de lo ocurrido horas atrás, o quizá negando lo sucedido, me dispuse a revisar mis redes sociales. En el primer titular de las páginas de noticias locales se leía: «Encuentran cabeza de una mujer en maleta amarilla». Sin más, apagué el teléfono y continué con la rutina del día.